



Néstor Sánchez

Néstor Sánchez y la errante renuncia

Adán Medellín

*Para las editoriales soy un raro de cierto peligro para el buen negocio
de la facilidad y los lugares comunes que tanto abundan.*

NÉSTOR SÁNCHEZ

NÉSTOR SÁNCHEZ (Buenos Aires, 1935-2003) era un escritor en camino al estrellato literario en los años 60. Lector de Joyce, Keroauc, Ginsberg, Eliot y Daumal, admirado por Julio Cortázar, amante del tango y del jazz, con cuatro novelas publicadas, renunció inesperadamente a la escritura y escapó de casa y de la fama editorial siguiendo las enseñanzas del filósofo G.I. Gurdjieff. Sánchez dejó la vida cotidiana por una existencia como vagabundo en distintos países, y comenzó a hacer toda actividad posible con la mano izquierda. Creía que viviría trescientos años siguiendo los ejercicios del pensador armenio.

Sánchez era un hombre de extremos. Polémico y pronto para los golpes. Vivía en conflicto interior con su idiosincrasia, su inexperiencia, la realidad de la muerte. Había confrontado a Borges en una entrevista por su metafísica meramente “filológica”. Bajo las enseñanzas de su gurú, Sánchez buscó “caminar mucho cada día, rítmicamente, sin tensiones, como siguiendo un movimiento musical y manteniendo la capacidad de modificar el itinerario de forma súbita”. Vivía con dos dólares al día y dormía en un estacionamiento en California cuando su hijo pudo encontrarlo, más de quince años después de su huida. Entonces Sánchez ya oía voces y presentaba síntomas de esquizofrenia.

Cuando regresó a Argentina, con más de una década de silencio narrativo, Sánchez escribió su último libro y renunció a la pluma. *La condición efímera* (1988) es un difícil volumen de doce relatos, guiados por la música y no por los esquemas temporales de causa y efecto que tejen una historia secuencial. Ejercicio confesional de sus años de silencio, oscura bitácora de la búsqueda de la verdad interior, libro de sintaxis trastocada, secuencias poéticas, abstracciones y disyuntivas éticas, se resiste al sentido de la trama, incómoda y empuja fuera al lector que aguarda una historia convencional.

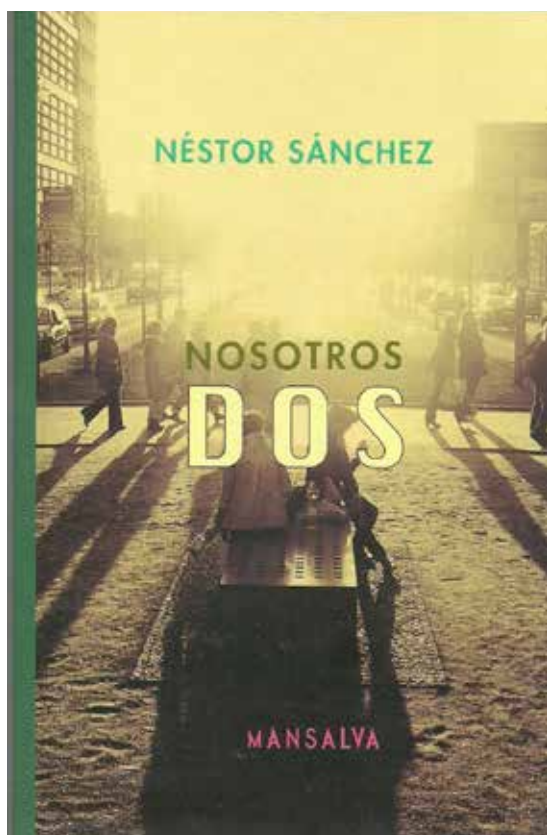
Oswaldo Baigorria, escritor y periodista argentino de simpatías anarquistas residente en El Tigre, decidió ahondar en Sánchez para alumbrar su último misterio: su abandono de la literatura y la vida común. Así nació *Sobre Sánchez*, un extraordinario ensayo narrativo que es a la vez una autobiografía soterrada donde un escritor vagabundo se confunde con el otro. Vale atisbar la teoría narrativa de Sánchez desde la lectura de Baigorria: “improvisación... más que un *estilo Néstor Sánchez* parece haber un modo, una forma de tocar”; “para Sánchez, la escritura fue un modo de escapar a la cárcel del sentido” o en palabras del propio Sánchez: “voy a la página despojado de todo aquello que creo saber por anticipado y la página me cuestiona cada vez más”.

Vagabundeo escritural sin rumbo fijo, en el ritmo del momento. Influidor por Joyce, la generación beat y el surrealismo; beneficiado por el fenómeno del boom pero crítico del mismo, Sánchez defendía la novela poemática. Su prosa crecía contra la novela esquemática tradicional, era una excusa para llegar a la poesía. Buscaba una escritura desde un punto de vista diáfano y sin preconcepciones, “que dejara

entre paréntesis las pautas de la cultura y todo lo que uno creía saber de antemano”. Prefería escribir “no lo que sucede, sino el ritmo de lo que sucede”. En una atinada comparación de Baigorria, como un músico de free jazz, la escritura de Sánchez se mantenía “en una progresión de acordes, variaciones de tono y efectos espontáneos según el estado emotivo del ejecutante, que cada tanto vuelve al tema inicial pero que también puede correr la aventura y (...) no retomar el punto de partida. En una palabra, la fuga”.

Néstor Sánchez sostenía una novela “en la que no hay personajes ni acciones a cumplir, no hay tesis a ilustrar ni idea que defender excepto la de una aspiración terminante: para escribir un texto hay que estar convencido de que todo texto es un texto del que se puede prescindir”. Al principio, el desmantelamiento de la novela pasaba por la apertura de formas hasta que no quedara más de ella. Luego llegó la abolición del hábito mental, corporal y literario; la ruptura del gesto narrativo como costumbre.

Su nueva convicción filosófica lo alejó del “arrogante” diario íntimo para optar por un cuaderno de notas, escrito con la mano izquierda para vencer todo automatismo, que se volviera “una especie de cita consigo mismo” en páginas fechadas donde reflexionaba sobre dudas, intuiciones, lecturas y



luchas vitales. Sánchez anhelaba la experiencia pura y concreta, esa que no podía mentir y se asimilaba a lo sagrado. Su escritura se volvió hiperconciencia del instante, azuzada por la verdad obsesiva del cuerpo, la finitud y la muerte como leitmotiv. Tras llenar estos cuadernos de cien hojas, los incineraba.

Años después, Sánchez declaró que había dejado de escribir “porque me encontré frente a un conocimiento sagrado [el Trabajo de Gurdjieff] que requería una humildad inédita”. Le dijo a la profesora y ensayista Marta Gallo que la “nostalgia de la escritura” se volvía “insignificante frente a la dimensión de conocimiento (...) al contar con un instrumento que ya no es el lenguaje sino el cuerpo en vínculo con lo sagrado”. Al final de su vida, enfermo y desencantado, repetiría lapidariamente que se le había acabado la épica. Sánchez dijo que nunca había inventado una historia. Buscaba una sinceridad total entre obra y existencia, escribía sobre lo que había pasado, tenía “un modelo épico de adhesión a lo vivido”, en palabras de la escritora Liliana Heer.

El caso Sánchez salta en las letras argentinas por su extravagancia polémica. Su fe en la palabra fue reemplazada por una urgente convicción de la verdad interior. Se consagró a una ética por encima de la épica que lo hizo abandonar las letras. Sánchez, según su amigo Hugo Savino, “estaba entero en la escritura, no en la literatura”, y su alejamiento del aparato editorial, la fama, el poder o el “compromiso”, puede ganarle etiquetas de fanático, místico o esquizofrénico, pero revela ante todo la búsqueda existencial de un hombre hasta sus últimas consecuencias.

Baigorria describe los gestos de fuga de Sánchez como “un movimiento de salida siguiendo el rastro de alguna verdad que ya no podía o no confiaba encontrar en la escritura. Una verdad que estaría en operaciones sobre el propio cuerpo y la propia alma. Esa verdad emergería de un principio de autoexploración, de trabajo sobre sí, de obra en proceso sobre la vida misma. La vida como obra de arte. La obra más difícil.” Al volver de ese camino, Sánchez estaba arrasado, seco, vacío para narrar.

Tras años de olvido, el bonaerense ha vuelto al interés de los escritores de su país por esas ideas de ruptura que arriesgaron tanto en el papel como en la vida: Sánchez fue encarnación de la errancia humana en búsqueda de sentido, escritura inquisitiva que se acumuló hasta romper la hoja y exigió la transformación vital, incluso hacia el silencio. **▲▲**

